

# **Poder, trabajo y masculinidad: violencia de género entre los trabajadores petroleros de Argentina<sup>1</sup>**

Hernán M. Palermo<sup>2</sup>

## **Introducción**

Joan Scott (2008) propone pensar, problematizar y reelaborar la noción de “género” para comprender las formas simbólicas de poder más resistentes, recurrentes y arraigadas en nuestras sociedades occidentales. En esta misma dirección, y como precursora de los estudios de género, Gayle Rubin (1975) plantea la necesidad de estudiar la masculinidad inserta en enraizadas relaciones de poder en las que la mujer se sitúa en una profusa relación de subordinación. Echar luz sobre esta preocupación significa entender las tramas de sentido donde se entrelazan la masculinidad y la feminidad como categorías opuestas, binarias y jerarquizadas. La confirmación de la masculinidad se configura a partir de la exaltación y subordinación de la feminidad. En este pensamiento occidental consolidado sobre la base de binarios y opuestos radica, en cierta forma, la tragedia de la modernidad<sup>3</sup>. La racionalidad instrumental de la modernidad, explicada y desarrollada por la prolífera Escuela de Frankfurt, procurará reducir a la razón en el estricto sentido de la relación entre medios y fines, creyendo así suprimir su conflicto interno, lo que representa el peor de los mitos. En este marco de pensamiento, la modernidad tiene como uno de sus pilares la separación entre naturaleza y sociedad. A partir de allí el mundo queda estructurado en binarios opuestos, desvaneciendo todas las posibles diferencias. La construcción occidental

---

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el Simposio “Antropología del Trabajo”, coordinado por Patricia Torres y Hernán M. Palermo en el IV Congreso Latinoamericano de Antropología, ciudad de México, 2015.

<sup>2</sup> Doctor en Ciencias Antropológicas. Investigador del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-Conicet), Argentina. Docente en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Forma parte del Grupo de Antropología del Trabajo (GAT): <http://grupoantropologiadeltrabajo.blogspot.com/>  
[hernanpalermo@gmail.com](mailto:hernanpalermo@gmail.com)

<sup>3</sup> Horkheimer y Adorno (2009) encuentran en los orígenes del pensamiento occidental (en autores como Platón, Aristóteles y Sócrates) elementos propios de la racionalidad instrumental hegemónica en la modernidad. No obstante, aquella racionalidad instrumental convivía conflictivamente con la lógica del mito. La Ilustración, dirán los referentes de la Escuela de Frankfurt, ha intentado separar el *logos* del *mythos* generando una omnipotencia de la racionalidad instrumental y en consecuencia la tragedia de la modernidad.

de género es, de esta manera, la menos creativa de todas, pues limita la diferencia anatómica del sexo a roles esquemáticos y enfrentados. Recordar este aspecto del pensamiento moderno devela que la violencia ejercida contra la feminidad no representa un hecho aislado o irracional; por el contrario, es violencia orientada hacia un fin: la confirmación de la virilidad. Tener en cuenta este rasgo crucial en nuestro análisis nos permitirá comprender ciertas características de la violencia en el trabajo no como actos sin sentido sino, en cambio, como parte de una “hoja de ruta”, un repertorio de prácticas y representaciones que forman parte de los contornos de una determinada *disciplina fabril*.

Desde aquí apuntamos a un modelo de comprensión de la violencia laboral naturalizada y ejercida cotidianamente entre trabajadores varones, a la que pudimos acceder a través del trabajo de campo. Actos diversos de violencia, a priori sin sentido, afloran a la superficie como revelación de una latencia, de una tensión que palpita en el sustrato de una sociedad estructurada en relaciones de explotación de una clase sobre otra y sobre la cual se amalgaman relaciones jerárquicas de género.

La industria petrolera en Argentina se caracteriza por ser un ámbito exclusivo de varones. Nos referimos al trabajo que se realiza en los lugares de extracción del crudo que, en la ciudad patagónica de Comodoro Rivadavia (Provincia de Chubut), suelen hallarse en los cerros, a una importante distancia del centro de la ciudad. En estos espacios laborales alejados se valoran modos y expresiones asociados con cierta producción de la masculinidad, que robustece una determinada *disciplina fabril*<sup>4</sup>. En el acto de afirmación de la *disciplina* orientada a los fines del proceso de trabajo, se producen ecos de esa masculinidad en demostraciones de hombría, competencias de fortalezas, “rituales de iniciación” o “actos bautismales” -bromas pesadas para los más jóvenes o para los que recién se inician en el trabajo-, “derechos de piso”, etc., como parte de prácticas frecuentes entre compañeros. Algunas de estas bromas recorren una línea muy delgada entre la picardía colectiva y la violencia, y muchas veces se encuentran cargadas de connotaciones

---

<sup>4</sup>El sujeto disciplinado no es el trabajador individual sino la clase trabajadora que se somete a las condiciones objetivas y subjetivas por su dependencia del capital, surgida, garantizada y perpetuada por las condiciones mismas de la producción. El capital requiere que los poseedores y reproductores de la fuerza de trabajo provean y entreguen una mercancía con las cualidades y en las cantidades requeridas por las necesidades de la acumulación. Es preciso, entonces, que los productores de la mercancía fuerza de trabajo adopten (y reconozcan como propios en el orden “interno”) determinados hábitos, actitudes, instrucciones y costumbres para cumplir con el orden y las exigencias de la producción capitalista.

sexuales. Cabe aclarar que este corpus de prácticas y representaciones no resultan recurrencias particulares inherentes al universo del oro negro, sino que son habituales en otros espacios de trabajo<sup>5</sup>.

Abordar e interpretar la violencia entre hombres al interior de los ambientes laborales no admite una respuesta simple en el plano teórico, particularmente porque no es posible hallar demasiados antecedentes de investigaciones, menos aún desde una perspectiva de clase y género. Por otra parte, en términos metodológicos, si bien a lo largo de los años de trabajo de campo entre varones petroleros hemos logrado acceder a las experiencias obreras (imposible si no fuera por la confianza construida en esos años y sobre todo por nuestra condición de hombre), la violencia entre compañeros de trabajo resulta en cierta forma un tema tabú para los entrevistados. Más aún: si las formas de violencia están atravesadas por un matiz sexual entre hombres, develarlas resulta una tarea por demás complicada. Tales prácticas remiten a un disciplinamiento de las subjetividades de tal magnitud que es capaz de producir una conmoción a nivel individual, grupal y social por la deshonra a la que es sometido un varón en un acto de violencia sexual (del tenor que sea). Por ello, este tipo de situaciones no aparecen en una primera entrevista ni se explicitan de forma tangible y concreta. En general suelen emerger en las entrevistas en forma de broma o a partir del relato de una situación graciosa en la que la participación de todo el colectivo de trabajadores se hace evidente. Al momento de indagar y repreguntar, corriendo el telón de la broma, aparece lo dramático de esas experiencias de violencia entre hombres.

Tanto los varones como las mujeres estamos sometidos/as a una cultura del género (Lamas, 1994: 1999) que nos enfrenta constantemente a una socialización excluyente que aprehendemos desde la más temprana infancia y luego se ejercita sin mucha reflexión. A esta socialización estamos todos/as expuestos/as y para ella estamos formateados/as. El desafío es pensar cómo esa estructura jerarquizada -abstracta- de relaciones constituye un orden arraigado en las instituciones en las que transitan los sujetos, apropiándose de determinadas prácticas y representaciones. Dentro de esos ámbitos, opera un mapa cognitivo que indica qué cosas son legítimas y cómo lograr legitimidad al interior de los

---

<sup>5</sup>Patricia Vargas y Cristina Villata (2014) realizan un interesante trabajo de comparación entre el universo laboral de los pozos de petróleo en la Patagonia y las obras de la industria de la construcción en Buenos Aires. Con el objetivo de generar un análisis reflexivo acerca del trabajo de campo, las autoras develan prácticas y representaciones acerca de la masculinidad que se ponen en juego en el proceso de su construcción del trabajo de campo por ser, ambas investigadoras, mujeres.

grupos. Lejos de ser un “mapa” con el que los sujetos nacen, estas cartografías sociales, o *memorándums* que prescriben acciones, se imprimen en los sujetos a partir de las experiencias vividas. Y tal como expresa Connell, el ámbito del trabajo es la “estructura principal” de las relaciones de género de las sociedades industriales (1995: 108-109). Es un espacio privilegiado para comprender las formas en que los trabajadores van incorporando un *ethos* alrededor de la masculinidad y donde las empresas son actores claves en esa configuración a partir de los requerimientos de la producción. En un contexto laboral en el que se valora, fomenta y evalúa una particular *disciplina fabril*, la feminización de los hombres configura una trama de relaciones que en más de una oportunidad arriba a situaciones de violencia con connotaciones sexuales. En otras palabras, los modos de “ser hombre” que priman en el interior de la industria petrolera se entrelazan con los requerimientos de la producción: estos valores y prácticas se contemplan en las evaluaciones de desempeño y tienen una importancia crucial en los itinerarios de ascenso (Palermo, 2015). En tal sentido, los efectos de los métodos de gestión del trabajo son notorios en la construcción discursiva y práctica de los petroleros sobre el “buen trabajador varón”.

Para esta investigación nos hemos centrado en una aproximación cualitativa sobre un trabajo de investigación de varios años en Argentina, en particular en la ciudad patagónica de Comodoro Rivadavia, que nos permitió observar los sitios donde se realiza la extracción de petróleo y realizar entrevistas en profundidad -individuales y grupales- a trabajadores de distintas jerarquías, en los espacios laborales y en sus casas.

### **La construcción social de la masculinidad: la competencia**

Sin duda las características del espacio de trabajo en los yacimientos de petróleo, con sus gigantescas extensiones áridas en los cerros, configuran un ambiente laboral particular. En el “ambiente de perforación”, tal como lo llaman los *petroleros*<sup>6</sup>, el factor climático es fundamental pues se trata de una actividad realizada al aire libre. Trabajan a la intemperie,

---

<sup>6</sup> La noción de *petroleros* se constituye como una categoría de auto-adscripción. Retomando los planteos de Barth (1976) esta noción configura un constructo dinámico a partir de una identificación contrastiva en relación a lo “no petrolero”. Puntualmente, dentro de esa auto-adscripción se incluye a todos los trabajadores del petróleo que desempeñan las funciones centrales del proceso productivo, en particular en los yacimientos de explotación petrolera.

sometidos a las inclemencias del viento patagónico, denominado “rayado”, que agrega una especificidad más en el trabajo. Resulta difícil acostumbrarse a su movimiento en forma de ráfagas intermitentes, con velocidades de más de 100 km. por hora -característico de los vientos del sur-, que impide maniobrar instrumentos y otros elementos de trabajo. En invierno, las condiciones extremadamente frías hacen que las herramientas se congelen y las manos se entumescan con la nieve; en verano, las altas temperaturas castigan el cuerpo de maneras inimaginables. Realmente es un trabajo pesado, arduo y, sobre todas las cosas, peligroso. En distintas entrevistas el clima aparece como una variable indómita e impredecible sobre los cuerpos de los trabajadores petroleros. Habituarse es una de las cuestiones más complicadas:

Pregunta: “¿Y qué fue lo más difícil que tuviste que pasar en el mundo del petróleo?”

Respuesta: “Y... ¡aguantar el frío! Yo entré en verano y sufrí mucho el calor también, porque acá el calor es diferente a otros lugares, es un calor seco. Pero ponete que te lo aguantás. Pero el invierno me tocó acá en Pampa en YPF con nieve de 15 centímetros y escarcha. Me tocó así desmontar el equipo. Se congelan todos los fierros, el barro congelado, la bodega llena de hielo con agua... Tenías que meterte ahí a sacar los bulones soldados por el frío. Era un frío que no te podés imaginar, los dedos de los pies duros, no podés agarrar un bulón porque te tiembla toda la mano, todo mojado. Me acuerdo que salía de ahí y me iba a la usina, frente al motor eléctrico, para calentarme las manos con el ventilador porque la cocina no me las calentaba. Y lo logré pasar ese invierno. **Ese día yo llegué a mi casa y no le dije a mi señora pero pensaba renunciar al otro día. Pero no podía ser cagón. La intemperie y el clima es lo primero que te convierte en hombre en el petróleo**” (Operador de boca de pozo. Entrevista realizada en el año 2012).  
[Subrayados nuestros].

El factor climático se encuentra en la cima del ranking de aquello que torna dificultoso el trabajo. Añade a la labor de los *petroleros* un elemento *ad hoc* a tener en cuenta, lo vuelve incomparable a cualquier otro trabajo que se realice bajo el resguardo de

un establecimiento. En este sentido, es interesante el lugar que ocupa el clima en la configuración de la masculinidad: soportarlo, aguantarlo y especialmente lograr la realización de la tarea estipulada revelan la resistencia que es capaz de exhibir un verdadero petrolero. El clima es la primera prueba de hombría a la que es sometido un trabajador que ingresa al universo del petróleo: aquel que no lo resiste deberá cargar con la deshonrosa decisión de renunciar y asumir que no ha podido sobrellevar dicha prueba. Nuestro entrevistado explica que pensó renunciar pero aclara: “no le dije a mi señora”. Demostrar debilidad frente a los pares puede ser traumático; ahora bien, manifestar debilidad frente a una mujer que no resulta un par, indicaría un grado mayor de la deshonra. El hombre “realmente hombre” es el que se siente obligado a estar a la altura de las circunstancias o, como indica Bourdieu (2012), el que está interpelado a trascender la posibilidad que le ofrece una situación para incrementar su honor y la distinción. En este sentido, vencer los efectos del clima en el cuerpo es el primer paso que un hombre petrolero debe transitar. Exaltar los valores de la resistencia, el aguante y la fuerza -en sintonía con los requerimientos de la *disciplina fabril*- tiene su tenebrosa contrapartida en el miedo que suscita feminizarse. “Hacerse hombre” o ser un “cagón” define una línea delgada que separa a los hombres petroleros de aquellos incapaces de resistir esas duras condiciones de trabajo y que en definitiva presentan una “masculinidad atenuada” o incompleta.

Una vez dentro del universo del oro negro, el trabajador rápidamente debe aprehender los patrones de masculinidad. La persona se incorpora a un espacio masculinizado que lo somete a una ortopedia hasta dejarlo en condiciones de integrarse plenamente a una comunidad de varones. Desde el primer día a cualquier petrolero se le hace sentir que está en un espacio exclusivo de hombres. La “dureza de espíritu” y el “aguante” son factores claves para el desarrollo laboral. En este contexto, la gramática del género se expresa en las prácticas cotidianas de los trabajadores limitando y encuadrando las formas de ser hombre. Al comenzar a trabajar en el universo del oro negro debe comprender cuáles son los comportamientos y las relaciones entre los géneros, asumiendo pautas y roles que producen y reproducen las formas de pensarse como varón. En tal sentido, se suceden demostraciones de fuerza entre los mismos trabajadores o pruebas que comúnmente se encuadran dentro del juego de las “jodas” cotidianas.

Es sabido que en todo grupo de varones hay competencia y demostraciones de hombría, pues la masculinidad debe ser revalidada por otros y certificada por el reconocimiento de la pertenencia al grupo de los hombres auténticos. El trabajo en los pozos de petróleo no es la excepción. Es frecuente, por ejemplo, engrasar las herramientas de trabajo o la cuña para ensuciar al compañero. Por ello cotidianamente los operadores de boca de pozo revisan las herramientas para no caer en una de esas bromas y terminar con la ropa de trabajo sucia. También es habitual que las bromas continúen en los momentos de descanso: desarmar la bombilla del mate y echarle sal, por ejemplo, o desenroscar el envase que contiene el azúcar hasta el límite para que se vuelque todo su contenido cuando alguien intente cebar un mate. Estas “jodas” podrían ser frecuentes en cualquier trabajo o grupo de amigos varones; ahora bien, luego de varios días y noches de trabajo en turno, pueden ir intensificándose y lo que resulta gracioso para quienes las realizan implica padecimientos para otros: “(...) Y a mí una vuelta me hicieron una broma que no me la olvido más por lo mal que la pasé... Me taparon con unas bolsas en un carretón de oruga y me tiraron todas las bolsas de bentonita, carbonita, carbonato, encima. Me taparon hasta el cuello. No me podía mover [risas del entrevistado y entrevistador]. Hoy me río pero la pasé muy mal. Al final pude zafarme, pero estuve como una hora cagándome de frío”(Enganchador. Entrevista realizada en el año 2012).

En la situación descripta, la “joda” implica el sometimiento del cuerpo de un trabajador por parte de sus compañeros. Pertenece a un repertorio cotidiano de bromas que *unos* disfrutan y *otros* padecen. *Ser hombre* en el trabajo implica aguantarse esos sufrimientos, lo cual también prepara a los trabajadores para soportar la dureza de las tareas. El estatus de la masculinidad no es un bien que se trae consigo, sino que debe refrendarse en un horizonte de pares y debe conquistarse por medio de pruebas y la superación de desafíos que varían según la época y que incluso pueden poner en riesgo la seguridad de un trabajador. Por otra parte, las “jodas” atraviesan ciclos de moda en el petróleo. Es decir, las pruebas de afirmación de la masculinidad pueden ir cambiando de un equipo a otro como un rasgo distintivo o sufrir cambios en el tiempo. Generalmente los cambios se dan porque ese ritual de masculinidad alcanzó un límite peligroso. Tapar con bolsas hasta el cuello a un compañero dejó de “usarse” en el equipo de perforación que hemos entrevistado luego de que una de las víctimas se desmayara. Por eso muchas veces

suelen compararse las “jodas” actuales con las pasadas, desvalorizando las vigentes por ser muy livianas: “antes te tapaban hasta el cuello, ahora solo te engrasan las herramientas”, por ejemplo. Podemos pensar que las prácticas también se inscriben en un proceso de feminización. En más de una ocasión el que sufre una “broma pesada” se alegra de no haber estado en los momentos en que las bromas eran “para hombres de verdad”:

“¡Antes hacíamos bromas en serio! Nada que ver con las de ahora”.

Pregunta: “¿Por ejemplo?”

Respuesta: “Dejar encastrado el tambor para una transmisión. Al llegar el maquinista, cuando sacaba la palanca, ponía la transmisión... Y bueno, a uno le fracturaron la mandíbula. Había bromas pesadísimas. O estabas en el piso de enganche aprendiendo y te movían la barra desde abajo. A un tipo le fracturaron la mano así”(Jefe de equipo, 2012).

La masculinidad de un hombre suele estar siempre a prueba y bajo sospecha por ese proceso de socialización al que estamos expuestos, donde prevalece la competencia constante dentro del mismo sexo (Gilmore, 1994). De ahí que tenga que estar permanentemente probándose a sí mismo y a los demás -que ofician de especie de jurado- que su masculinidad no se encuentra atenuada. Estas demostraciones ponen a prueba la virilidad ante la comunidad de los petroleros con el propósito de ganar y preservar un lugar legítimo entre los pares por su fuerza física y resistencia. Las demostraciones de hombría suelen hacerse para un auditorio de varones que observa y convalida tales prácticas. Convertirse y convencer a los demás de que se es hombre implica ante todo convencerse a sí mismo y a los demás de que no se está corrompido por significantes femeninos.

Cabe remarcar que en el momento del ejercicio concreto del trabajo, la masculinidad se delinea, en gran medida, a partir de los diversos requerimientos empresarios y la consolidación de una *disciplina fabril*. Los petroleros interiorizan la idea de “resolver sin consultar” y al mismo tiempo “no interrumpir el trabajo” si ocurre un accidente. Feminizarse sería detener el trabajo a causa de un golpe, demostrar dolor frente a un corte o preguntar cómo se resuelve alguna situación que suscita dudas. Como dijimos,



estas prácticas son tomadas en cuenta en las evaluaciones de desempeño y al momento de decidir ascensos<sup>7</sup>.

### **La significación del género fuera del espacio de trabajo**

Como espejo invertido del ambiente laboral, el espacio fuera de los pozos de petróleo adquiere connotaciones feminizantes. En este punto, nos interesa la mirada que construyen los petroleros acerca del resto de la comunidad de Comodoro Rivadavia y, en definitiva, del espacio fuera del trabajo. Los petroleros tienen clara la imagen “grotesca” y despectiva que se les atribuye, lo que puede apreciarse en el siguiente fragmento de entrevista:

“El trabajo te quita mucho, sí. Otra cuestión es la mala imagen que tenemos acá.”

Pregunta: “¿Cómo te das cuenta de eso?”

Respuesta: “Y, te das cuenta. Cuando te miran con esa cara de mierda y envidiosos... La opinión pública es malísima...”

Pregunta: “Pero ¿qué les dicen?”

Respuesta: “Y, que ganamos mucha guita, que por culpa nuestra se deforman los precios, que hay precios altos, que somos unos borrachos. Somos sucios, cornudos y borrachos [se ríen]. **Pero que vengan y hagan el laburo que hacemos nosotros... Son maricones... No se la bancan ni a palos lo que hacemos nosotros.No es para cualquiera**”(Jefe de campo-Supervisor. Entrevista realizada en 2013).

En este relato se evidencia la disputa que subyace en las relaciones sociales en Comodoro Rivadavia. Los petroleros afirman -con mucha razón- que el trabajo que realizan “no es para cualquiera”, mientras gran parte de la comunidad deposita en ellos todo tipo de prejuicios que culminan por construir una imagen de fantasía. De la última cita nos interesa resaltar el siguiente fragmento: “Pero que vengan y hagan el laburo que hacemos

---

<sup>7</sup> La vinculación entre masculinidad y disciplina fabril no resulta ajena en el espacio de trabajo petrolero. Históricamente en la empresa YPF, por ejemplo, se demarcó un ideal de masculinidad que tuvo su expresión en el quehacer de las prácticas deportivas. De esta manera, se afianzó una determinada disciplina impulsada por medio de valores ligados al deporte como el esfuerzo, la constancia y la tenacidad, atributos requeridos para el desempeño del trabajo (Palermo, 2012: 74-75).

nosotros... Son maricones... No se la bancan ni a palos lo que hacemos nosotros. No es para cualquiera”. Las condiciones de trabajo de los petroleros son realmente duras: al clima se le suman factores de peligro potenciados por el uso de componentes inflamables, estructuras tubulares y herramientas sumamente pesadas. Cualquier golpe o raspón puede ser de mucha gravedad. Los accidentes son habituales aunque no sean abiertamente contabilizados. En muchos entrevistados pudimos ver amputaciones, sobre todo de las manos. En este universo laboral, la idea de “bancarse el trabajo” aparece con frecuencia. Más de una vez escuchamos que estar en los pozos de perforación es “cosa de hombres” y por eso “hay que bancársela”. También es recurrente la expresión “el pozo manda”. Estas ideas delimitan un espacio de trabajo cargado de significantes masculinos. Resulta interesante pensar estas valoraciones en relación al ambiente laboral, dado que indican formas de relacionarse como hombres-trabajadores con lo masculino: el pozo. El significado que adquiere la relación de los trabajadores, como hombres, con el lugar de trabajo, también nos da indicios acerca de los sentidos de la masculinidad que allí prevalecen. Los petroleros están dominados por un espacio connotado con significantes masculinos, que tiene autoridad de mando y les exige extraer los flujos del crudo desde el subsuelo de la tierra.

¿Podemos entonces pensar que, desde las representaciones de los petroleros, el espacio fuera del trabajo está atravesado, inversamente, por sujetos cargados de significantes femeninos, sean hombres o mujeres? Tal como argumenta Segato (2010), los significantes femeninos o masculinos no son monopolio de la división de los sexos; cuerpos de mujeres pueden cargar significantes masculinos y cuerpos de varones significantes femeninos. Del mismo modo, los espacios pueden ser masculinizados o feminizados, con lo cual ser “maricones” -como plantea nuestro entrevistado- implica la feminización del espacio fuera del trabajo y de todos los cuerpos que lo habitan.

Lo “no petrolero”, se vuelve, en consecuencia, un universo feminizado. Más de un jefe de equipo o jefe de turno me explicitó que interpela a su personal a cargo afirmando que “acá somos petroleros” y en consecuencia hay que dejar las “mariconadas que traemos de afuera”.

Este punto al que arribamos, acerca de la concepción de la masculinidad de los petroleros, es clave para entender un nudo central en la representación que los trabajadores

tienen de sí mismos y de los otros “no petroleros”. En las entrevistas aparece un *nosotrospetrolero* que incorpora tanto elementos de la mirada de la sociedad comodorense - el “macho superpoderoso”- como del hecho de soportar todos los días un proceso de trabajo agotador y violento. En segundo término, los trabajadores petroleros otorgan sentido a un *otro* “no petrolero” feminizado en la expresión “maricones”. De esta forma el “afuera” se transforma en un mundo feminizado -y por lo tanto inferior- en oposición a un universo dominante y masculino puertas adentro del trabajo. Entender tal valoración requiere comprender que, en el universo laboral del oro negro, existe una separación tajante entre el “afuera” y el “adentro”, “lo no petrolero” y “lo petrolero”, producto de una disciplina interiorizada y requerida para el desarrollo de las tareas<sup>8</sup>.

Estas consideraciones acerca de lo femenino y lo masculino pueden ser cruciales para entender los tan frecuentes “rituales de iniciación” a los que son sometidos quienes ingresan al trabajo en los yacimientos. Rituales informales que marcan una separación respecto del mundo femenino (fuera del trabajo), al mismo tiempo que fomentan la adquisición de prácticas y representaciones del universo masculino petrolero. Abordar estas valoraciones implica considerar que ser “petrolero” es asumir un nuevo *ethos*, apropiado, que se ejerce en el trabajo. Por lo tanto, maltratar a los trabajadores nuevos haciéndoles “pagar derechos de piso” con bromas pesadas, muchas de ellas de carácter sexual, supone doblegar, a través de la violencia, los significantes femeninos que traen consigo a fin de convertirlos en hombres petroleros plenos. Aunque todo hombre tiene virilidad, no todos llegan con la hombría necesaria para la *disciplina fabril* que requiere el proceso productivo. Doblegar aquella carga de feminidad y forjar un hombre pleno acorde a la disciplina, tiene su contrapartida en distintas expresiones de violencia que analizaremos en el siguiente apartado. La manufactura de la masculinidad incluye entre sus representaciones la heterosexualidad y un rechazo activo a la homosexualidad por asociarla con ciertos significantes cercanos a la feminidad y por ende, como bien señaló Norma Fuller (1997), con *lo abyecto*, lo repulsivo, la imagen invertida contra la que se diseña el ejercicio de la masculinidad.

---

<sup>8</sup> Mariana Sirimarco (2004), al analizar la masculinidad en la Escuela de Ingreso de la carrera de Policía, encuentra una valorización similar a la de los petroleros. Allí se produce una separación tajante entre el “mundo policial” (masculino) y el “mundo civil” (femenino).

## Violencia y virilidad

Según Rita Segato (2010), la violencia es una práctica disciplinadora de la masculinidad frente a aquello que exterioriza rasgos femeninos. En tal sentido, estos rituales funcionan como pasaje hacia el mundo del trabajo del oro negro. Durante el año 2008 se presentó en Comodoro Rivadavia una denuncia judicial por violación en un pozo de petróleo. A raíz de la investigación policial y judicial se constató que un jefe de turno había perpetrado un acto de violación contra un joven de una empresa contratista que se iniciaba en el trabajo petrolero. A partir de esta denuncia, y del suicidio del joven unos meses después, muchos testigos interrogados aseveraron que las violaciones a los jóvenes no son una práctica excepcional entre petroleros. La situación generó cierta conmoción social, confirmaba algo que de una forma u otra todos en la ciudad de Comodoro Rivadavia saben que sucede.

Este episodio nos confronta con un tipo de violencia laboral entre hombres que, lejos de ser una anécdota subida de tono, confirma algunos de los postulados que venimos desarrollando acerca de los mecanismos de instauración y afirmación de la masculinidad.

Tal como indica Rita Segato, el mandato de violación responde a una “hoja de ruta”, es decir, a un repertorio de posibilidades donde el uso y abuso del cuerpo del otro sin su consentimiento es parte de la condición necesaria para la reproducción del género como estructura de relaciones entre posiciones jerarquizadas. Siguiendo con la autora, las prácticas disciplinadoras contra la feminidad -en la forma que sea- se constituyen como parte del horizonte de concreción de la masculinidad. Y en ese horizonte, la violación, metafórica o literal, se afirma en ese conjunto de reglas creadas y recreadas por un proceso de relaciones de género coercitivo e intimidador. El siguiente relato nos brinda algunas pistas para pensar la violencia entre hombres:

“Otra joda que les hacemos a los nuevitos es hacerles chupones en el cuello para que las mujeres piensen que anduvieron de joda [se ríen]. Una vez a uno le pusieron en el bolso bombachas y después en la casa lo echaron a la mierda [risas]. A los **pendejos** nuevos que encima son medio **menuditos, flaquitos**, los tratan como **canarios**. Les hacen de todo”.

Pregunta: “¿Canarios?”

Respuesta: “Sí, sí, así les decimos a los nuevos” (Operador de boca de pozo. Entrevista realizada en el año 2014). [Subrayados nuestros].

El lenguaje del género se expresa al momento de designar a ese otro que recién ingresa al trabajo. Las formas de nombrar al ingresante configuran -en parte- el mismo significado de la experiencia de clase: cuando al trabajador que recién ingresa se lo llama “pendejo”, “menudito”, “flaquito”, “canario”, lo que se está haciendo es disminuirlo y a expensas de ello se demarca la superioridad. Hay un proceso de feminización del “novato” o una “masculinidad atenuada” similar a la de un niño, atributos no deseados para el desempeño de la labor. Como escribió Núñez, “hay una violencia especial y discrecional hacia los varones (en especial cuando son niños o adolescentes) considerados menos masculinos, afeminados o no suficientemente masculinos de acuerdo a los estándares sociales” (2007: 70). En tal sentido, como si trajeran consigo significantes femeninos del mundo no petrolero, estos recién ingresantes deben convertirse en petroleros plenos. Como bien señaló Joan Scott (2008), la idea de la masculinidad se afianza y fortalece en la represión sistemática de los aspectos femeninos. En este caso, resulta bastante gráfico que los recién ingresantes no sean nombrados como *viejos*, categoría nativa con la que se auto-designan los petroleros. El *viejo* es el hombre petrolero pleno, con cierta experiencia y vivencia en el “ambiente de perforación”. Por esta feminización que se les atribuye a los jóvenes que recién se inician es “normal” que deban “pagar derecho de piso” para ser “fogueados”. De ahí que comúnmente realicen ritos de iniciación o pruebas vinculadas con el trabajo. Se asignan tareas pesadas a los principiantes y las jefaturas van poniendo a prueba así el carácter de los jóvenes y comprueban si son capaces de “bancarse” el trabajo petrolero. Son rituales en los que se demuestran los niveles de masculinidad de los jóvenes y por medio de los cuales miden su fuerza, resistencia, tenacidad, etc. También son habituales las bromas o juegos sexuales. Entre ellos, obligarlos a tocar partes íntimas del cuerpo de las jefaturas o simular, por ejemplo, que deben tener sexo con otro hombre:

“La vez pasada nos mandaron un pibe para operador de boca de pozo. Estaba muy blandito. Le hicimos una joda que por poco se muere. Yo me fui a mi tráiler y le dijimos que todos los recién llegados tenían que entregar el culo al jefe de equipo.

Cuando viene al tráiler a hablar conmigo, yo lo estaba esperando con otro compañero, como haciendo que estábamos en la cama... Y le digo: Esperá tu turno afuera que ya te va a tocar. Nos moríamos de risa”(Jefe de equipo. Entrevista realizada en el año 2012).

Estas bromas de carácter sexual constituyen, al parecer, rituales de pasaje que marcarían cuáles son los atributos necesarios y aceptados para las prácticas laborales y cuáles no. El ritual que transforma al “joven blando”, “pendejo”, “menudito”, “flaquito”, “pibe” en un hombre, o en un *viejo*, implica arribar al nuevo estado a partir de una serie de degradaciones asociadas con la violencia -la violación metafórica- que tiene por objetivo subordinar aquello considerado como femenino. La broma como ritual de pasaje busca, en primer lugar, doblegar el cuerpo femenino, “débil”, violentándolo; por otro lado, marca explícitamente la jerarquía laboral y demuestra quién manda en los pozos y al mismo tiempo demarca atributos fundamentales que se requieren para la conformación de una *disciplina fabril*. Es decir, el que manda es el jefe de equipo y es él quien recibe a los jóvenes en su tráiler para el “bautismo”. Finalmente, la broma genera un reconocimiento y una relación de complicidad entre el grupo de hombres sobre la base de un código masculino.

La broma como ritual informal de pasaje confirma la virilidad de quien la perpetra, mientras le confiere al nuevo trabajador el estatus necesario de la masculinidad a través de la vejación de los significantes femeninos y la adquisición de los símbolos viriles (sexualidad activa, valentía y fortaleza). La homosexualidad entre hombres expresada en estos rituales, desde el punto de vista de los petroleros, no pondría en peligro su virilidad siempre que asuman una posición activa. En los relatos el “macho” es el que penetra – literal o metafóricamente- y feminiza al otro para que este gane su masculinidad. En este universo masculino, la homosexualidad está más cerca de las imágenes de virilidad de lo que se piensa. En tal sentido, el esquema de la homosexualidad es usado para demeritar la masculinidad disminuida de un hombre demarcando el sentido de masculinidad configurado en el trabajo. Esta situación pone de relieve una manufactura de masculinidad donde la pasividad sexual compete a las mujeres, a los niños y a los varones con características masculinas atenuadas. Los verdaderos actores sexuales son los *viejos*, los

hombres petroleros plenos. La vergüenza recae en los varones pasivos, pues los activos o penetradores se jactan de sus conquistas, las que entienden como pruebas de virilidad.

En este contexto, entonces, no es extraño el aporte de los planteos de Rita Segato sobre la violación, pues afirma que se trata de una práctica disciplinadora contra la mujer genérica, aunque no implica la ejecución real del acto. Es un “atributo” propio de la masculinidad, pero no es una práctica exclusiva del hombre ni es únicamente la mujer quien la padece. Una violación se comete contra aquello que exterioriza o expresa rasgos marcadamente femeninos. Como la masculinidad y la feminidad no son monopolio de la división de los sexos, pueden ser los cuerpos de los hombres, presumiblemente femeninos o blandos -que es lo mismo para el caso-, las víctimas de este acto disciplinador. Por ello, cuerpos de varones con significantes femeninos pueden sufrir un acto de violencia como parte de la exacción de lo femenino en el ciclo confirmatorio de la masculinidad. El mandato de la violación en el sentido metafórico es una estructura -construcción social- de la condición masculina, concebida como un acto de dominación de la feminización del cuerpo. Como argumenta Segato, desnuda el conjunto de reglas que recrean la “normalidad” socialmente digerible.

### **Consideraciones finales**

Para comprender cabalmente la violencia de género analizada a la luz del trabajo de campo realizado entre trabajadores varones y petroleros del sur de Argentina, es vital preguntarse cómo han sido inscriptas, representadas y normadas la feminidad y la masculinidad en el espacio laboral y adentrarnos en las prácticas simbólicas y los mecanismos culturales que reproducen el poder a partir de la diferencia sexual. Esto requiere, tal como hemos intentado hacer, desentrañar significados y metáforas estereotipadas acerca de lo femenino y lo masculino, pero sobre todo identificar las usinas de producción de esos significados. Bourdieu (2012) ha analizado con cuidado el proceso de introyección del género: en particular, como todo conocimiento descansa en una operación fundamental de división y oposición entre lo femenino y lo masculino, extendido a la sociedad en general. No obstante, poco se ha puntualizado acerca del rol de las empresas en el fortalecimiento de esas concepciones y mucho menos en la relación con la consolidación de una *disciplina*

*fabril*. La amalgama entre masculinidad y *disciplina fabril* fortalece prácticas y representaciones cuyos resultados acumulados contribuyen a alcanzar los niveles de productividad estipulados por las empresas. De tal forma, los trabajadores petroleros aprenden y ejercen cierta manufactura de la masculinidad mediante actividades laborales cotidianas, que por un lado tienen una legitimidad entre los mismos compañeros y, por el otro, fomentan la construcción de un itinerario de trabajo acorde a los perfiles de trabajador requeridos y evaluados por las empresas.

Lo que está en juego y en tensión en todo ambiente laboral son los intereses contrapuestos entre los trabajadores y las administraciones empresarias. En esa disputa se consolidan perfiles obreros acordes a los intereses de la producción. En tal sentido, se torna crucial comprender que el fortalecimiento de una determinada masculinidad produce un imaginario políticamente eficaz, dando lugar a concepciones sociales y culturales con efectos concretos en la materialidad del proceso de trabajo que son la base de la constitución de una determinada *disciplina fabril*. La violencia entre trabajadores varones es parte de esa “normalidad” recreada por un imperativo social que se impone al mismo tiempo que oculta el antagonismo de clase, recreando un antagonismo horizontal entre los trabajadores.

Como dijéramos al comienzo de este artículo, la violencia entre los trabajadores petroleros no se enmarca dentro del repertorio de actos sin sentido; por el contrario, es parte de una prescripción asociada a los contornos de una sociedad androcéntrica y a las necesidades de la acumulación del capital: prácticas y representaciones orientadas a una clara racionalidad instrumental.

## **Bibliografía**

Barth, Fredrik (1976), *Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de las diferencias culturales*. México, FCE.

Bourdieu, Pierre (2012), *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.

Connell, Robert W. (1995), *Masculinities*, Berkeley, University of California Press.

Fuller, Norma (1997), “Fronteras y retos: Varones de clase media del Perú”, en Valdés, Teresa y José Olavarría (Edit.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile, Isis Internacional, pp. 139-152.



Gilmore, David (1994), *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona, Paidós.

Horkheimer, Max y Theodor Adorno (2009), *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta.

Lamas, Marta (1994), “Cuerpo: diferencia sexual y género”, en *Debate Feminista*, No. 10, septiembre, México, pp. 3-31 .

Lamas, Marta (1999), “Género: los conflictos y desafíos del nuevo paradigma”, en Portugal, Ana María y Carmen Torres, *El siglo de las mujeres*, Chile, Isis internacional, Ediciones de las Mujeres No. 28.

Núñez Noriega, Guillermo (2007), *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*. México, PUEG-UNAM, Miguel A. Porrúa, El Colegio de Sonora.

Palermo, Hernán M. (2012), *Cadenas de oro negro en el esplendor y ocaso de YPF*, Buenos Aires, Antropofagia. [Disponible en <http://hegemoniaempresaria.blogspot.com.ar/>]

Palermo, Hernán M. (2015) “‘Machos que se la bancan’: Masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera argentina”, en *Revista Desacatos*, No. 47, México, pp. 100-115.

Rubin, Gayle ([1975] 1986), “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, en *Nueva Antropología*, Vol. VIII, No. 30, pp. 95-145.

Scott, Joan W. (2008), “El género: Una categoría útil para el análisis histórico”, en Lamas, Marta (Comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México, PUEG, pp. 265-302. [(1986) “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”, en *American Historical Review*, No. 91, pp. 1053-1075]

Segato, Rita (2010), *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires, Prometeo.

Sirimarco, Mariana (2004), “Marcas de género, cuerpos de poder. Discursos de producción de masculinidad en la conformación del sujeto policial”, en *Cuadernos de Antropología Social*, No. 20, pp. 61-78

Vargas, Patricia y Cristina Villata (2014), “Mujeres en el pozo y en la obra. Reflexividad y aprendizaje significativo en dos etnografías sobre el mundo del trabajo”, en Guber, Rosana (Comp.), *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*, Argentina, Miño Dávila Editorial, pp. 65-87.